

El anti-imperialismo de Rafael Barrett, entre la crónica y los cuentos

Ana María Vara (UNSAM)

Introducción

Actualmente, a lo largo y ancho de América Latina, movimientos sociales articulados en redes transnacionales de protesta manifiestan su oposición a emprendimientos que involucran la explotación intensiva de recursos naturales: agua, madera, cultivos agrícolas, minerales, suelo. Los latinoamericanos manifiestan su oposición a los transgénicos, a los biocombustibles, a la producción de pasta de papel, a la tecnología nuclear, a los tendidos eléctricos, a los gasoductos, a la minería de oro, de uranio, de litio. Se oyen consignas como “No al saqueo contaminante”; “El agua vale más que el oro”; “El Huaracocha no se vende, se defiende”; “Nos venden espejitos de colores”; “Vienen por el oro, vienen por todo”; “Argentina, república sojera”. La denuncia del “despojo”, del “saqueo”, del “expolio”, de la “depredación” de bienes compartidos, por parte de actores extranjeros, se reitera en las protestas (Vara en prensa).

En esas voces resuenan los ecos de una manera de entender la historia de América Latina que resulta de una larga elaboración a lo largo del siglo XX, con fuertes componentes anti-imperialistas y un sentido latinoamericanista. También, con una conciencia de la fragilidad de la naturaleza que puede considerarse precursora de ciertos discursos ambientalistas. Se trata de un discurso ubicuo y persistente, que ha llegado a constituirse en un *master frame* en América Latina, es decir, un marco de acción colectiva de recurrente aparición en los ciclos de protesta (Benford y Snow). Este discurso emerge en la primera década del siglo XX y florece en la década del treinta, en la narrativa de ficción, en la poesía, y en ensayos. Se caracteriza por una orientación anti-hegemónica y una matriz narrativa muy estable, que se apoya en cuatro elementos: un recurso natural explotado, un grupo social dominado, un explotador extranjero y un cómplice local. El relato que une a estos elementos es de explotación hasta la extenuación: libradas a su arbitrio, las fuerzas extranjeras abusarán de la naturaleza y los colonizados hasta eliminarlos. Por lo tanto, no

prevé otra salida que la rebelión. Otros aspectos importantes de este discurso son que asocia el período colonial al neocolonial, que requiere de una raíz local, y que adopta un fuerte tono afectivo, de indignación moral. Para lectores contemporáneos, la obra que mejor resume esta visión es **Las venas abiertas de América Latina**, del uruguayo Eduardo Galeano, publicada en 1971, es decir, durante el segundo ciclo de protesta en la región, que se presenta como una historia alternativa de la región, en tanto resulta una compilación de sucesivos episodios de despojo sufridos por América Latina a manos de explotadores europeos y norteamericanos, en tiempos coloniales y neocoloniales (Vara, Introd. y cap. 1). Entre los textos que sientan las bases del que hemos dado en llamar “contra-discurso neocolonial de los recursos naturales” de manera más clara se cuentan los trabajos de Rafael Barrett quien, nacido en España y con apenas siete años de estadía en América Latina entre 1903 y 1910, dejaría una marca distinguible en la forma de pensar la problemática del neocolonialismo en la región, y su relación con el espacio y los recursos naturales. Sus observaciones sobre el despliegue del imperialismo europeo y norteamericano en toda América Latina, así como en África y Asia, completan un cuadro comprehensivo sobre la situación internacional a comienzos de siglo XX. Analizaremos aquí **Lo que son los yerbales paraguayos**, en que Barrett construye una visión de la situación neocolonial de la cuenca del Plata, que se articula al mercado internacional través de la ciudad de Buenos Aires.

Un autor reconocido pero poco estudiado

Aunque fue celebrado por sus contemporáneos, aunque a lo largo del siglo XX ha sido casi una figura de culto en los círculos de izquierda de América del Sur, aunque fue reivindicado recientemente por varios intelectuales, Barrett ha pasado bastante inadvertido para la academia. A esta circunstancia pueden atribuirse repetidas imprecisiones sobre aspectos de su vida y sus textos. No sorprende, entonces, que uno de los mayores expertos en este autor,

Miguel Ángel Fernández, haya escrito en 1996: “De más está decir que en cuanto al estudio riguroso de la obra de Barrett, salvando algún hecho aislado y reciente, queda mucho por hacerse” (“Cuestiones preliminares” 10). Sin embargo, los escasos críticos que han estudiado su obra de manera sistemática lo consideran un escritor que abrió caminos en el pensamiento y la literatura de América Latina, en particular, del sur de la región. Desde el Uruguay, Norma Suiffet, quien que realizó el primer trabajo monográfico sobre su obra desde una perspectiva literaria, publicado en 1958, considera que, si bien la misma tiene rasgos naturalistas y sobre todo, modernistas, no se puede situar a Barrett en ningún movimiento “porque su creación fue independiente de todo vínculo o movimiento organizado” (14). El español Francisco Corral, autor de un importante trabajo monográfico desde una perspectiva filosófica, publicado en 1994, lo presenta como un “escritor subterráneo”, que ha ejercido una “callada influencia en la literatura latinoamericana” (**El pensamiento cautivo** XVII). Desde el Paraguay, Fernández, lo considera “una de las figuras capitales del novecentismo rioplatense (particularmente en su línea modernista), así como uno de los grandes precursores de la literatura social americana” (“Introducción” 21); mientras Hugo Rodríguez Alcalá y Dirma Pardo Carugati lo señalan como fundador de una de las dos tendencias que dieron inicio a la literatura paraguaya, la corriente “crítica y de denuncia social” (204). Desde la Argentina, Osvaldo Bayer lo define como “un clásico” (10); David Viñas lo describe como “español-rioplatense” y lo distingue, junto a Ricardo Flores Magón en México y Manuel González Prada en Perú, como uno de los tres anarquistas clave de América Latina, que contribuyeron a articular una “retórica de la izquierda” en la región, al llegar a convertirse ellos mismos en “metáforas mayores de la *mentalidad libertaria*” (21 y 25).

Por otra parte, además de los abundantes comentarios de sus contemporáneos —entre ellos, Ramiro de Maeztu, Enrique Rodó o Armando Donoso, que le dedicó un libro— hallamos observaciones que dejan en evidencia que la presencia de Barrett es recurrente a lo largo de la primera mitad del siglo XX, sobre todo en la Argentina, el Uruguay y el Paraguay.

Álvaro Yunque,⁴ a fines de la década del veinte, le dedica un pequeño volumen, **Rafael Barrett, su vida y su obra**. Y en la década del cuarenta, lo destaca en su trabajo sobre **La literatura social en la Argentina**, aclarando que “su vida y obra son meteóricas: luminosas y rápidas”, pero que, pese a esa brevedad, han dejado “una estela de admiraciones y enseñanzas” (256). También Jorge Forteza le dedica un libro en la década del veinte; al igual que Víctor Massuh en la del cuarenta, cuando destaca su vigencia: “Escuchar su palabra se nos hace más urgente que nunca. Ella actuará sobre el alma como un despertar” (207). Recientemente, Abelardo Castillo también señaló la amplitud de su legado: “Barrett estuvo entre nosotros seis años. En el relámpago de ese tiempo se hizo revolucionario, escribió una docena de libros imborrables, y fundó una literatura y una ética” (“Lo que pasó” 15).

Finalmente, en el Prólogo a la edición de Biblioteca Ayacucho que compila en 1978 las obras más conocidas de Barrett, Augusto Roa Bastos comenta en primer lugar “su influencia fertilizadora en los autores de la literatura de imaginación —narrativa, poesía, teatro— del Río de la Plata”. Entre ellos, menciona al grupo de Boedo y a Horacio Quiroga. Y luego destaca su contribución a las letras del Paraguay, donde “sus escritos constituyen el hito inicial de una literatura como actividad distinta a la de la simple producción historiográfica predominante hasta entonces” (“Prólogo” XXIX y XXX). Castillo también reconoce su influencia sobre Quiroga, y sobre el autor de **El río oscuro** (1943), el argentino Alfredo Varela —la novela sobre la que se basó el recordado film **Las aguas bajan turbias** (1952), dirigido por Hugo del Carril (“Liminar” XXX; “Lo que pasó” 13).

La casi totalidad de la obra de Barrett se publicó originalmente en la prensa periódica, en las ciudades de Buenos Aires, Asunción y Montevideo entre 1903 y 1910. Barrett publicó dos libros en vida, del que sólo llegó a ver el segundo: el folleto *Lo que son los yerbales paraguayos*, y la compilación de sus **Moralidades actuales**, ambos publicados en 1910 en Montevideo. Y llegó a organizar otros dos, **El terror argentino**, publicado en Asunción como folleto; y **El dolor paraguayo**, en Montevideo. De manera mayoritaria, cultivó el

4 Seudónimo de Arístides Gandolfi Herrero.

artículo periodístico, en la forma de breves ensayos. También escribió cuentos, con rasgos modernistas y naturalistas; diálogos; “epifonemas”, es decir, textos breves; y conferencias. Luego de su muerte, diversas compilaciones de sus trabajos se reeditaron de manera sostenida a lo largo del siglo XX, sobre todo en Montevideo, Buenos Aires y Asunción, pero también en Madrid, México, Bolivia y El Salvador. Sólo se registra una traducción de sus obras, la italiana de **Lo que son los yerbales paraguayos**, en 1979. Quizás lo que muestre más claramente el sostenido interés por sus escritos en América Latina es que se publicaron nada menos que cinco ediciones de sus obras completas, en las décadas del treinta, cuarenta, cincuenta, ochenta y noventa, según los relevamientos de Fernández, co-editor junto a Corral de la edición más exhaustiva, en cuatro volúmenes, co-editada por el Instituto Español de Cooperación Iberoamericana en 1988-1990 (“Cuestiones preliminares” 10; “Introducción” 23-24); y de Muñoz (**El pensamiento vivo** 46-50).

De algún modo, su propia vida es una novela, con episodios de **Le Rouge et le Noir**, de Stendhal en su tiempo en España. Barrett nació en Torrelavega, Santander, el 7 de enero de 1876, de padre británico —por quien tenía ciudadanía británica— y madre española, emparentada con la familia de los duques de Alba. De joven, viajó entre Inglaterra, Francia y España. Luego siguió estudios técnicos en la Escuela de Caminos de Madrid, y tuvo una breve vida de brillo en los años del cambio de siglo, cuando se codeó con la sociedad madrileña y publicó artículos en la prensa de París y Madrid (Corral **El pensamiento cautivo** 19). Ramiro de Maeztu lo describió como un “dandy”, y lo consideró “un señorito desclasado” (11), siendo también testigo y narrador del episodio que cambiaría su suerte en 1902 y lo induciría a dejar la península con rumbo a Buenos Aires a comienzos del siguiente año.⁵ Llegado a América Latina, su vida toma otros giros novelescos, cercanos a

5 El episodio que induce a Barrett a dejar España se inicia con un duelo cuya realización fue impedida por el Tribunal de Honor, que declaró “no digno” al acusar de homosexual a un joven Barrett, impetuoso y de medios menguantes, que apenas comenzaba a hacerse conocido en sociedad por su belleza física y sus publicaciones. Indignado, Barrett se hace examinar y luego ataca en público al duque de Arión, presidente del Tribunal, escandalizando a la sociedad (Maeztu 10). Corral analiza el episodio como sintomático de una situación social en que el duelo y el Tribunal de Honor funcionaban como instituciones que marcaban las diferencias sociales y, eventualmente, protegían a los representantes de las clases altas de las críticas más o menos virulentas de las nuevas generaciones descontentas (**El pensamiento cautivo** 14).

las novelas regionales descritas por Jennifer French. En efecto, si mientras está en Europa Barrett es como Julien Sorel, un representante de la baja nobleza que lucha —y fracasa— por hacerse un lugar en la alta sociedad española, cuando llega a América Latina sufre una transformación radical, que lo lleva a cuestionar fuertemente el orden social y a invertir las categorías de “avanzado” y “primitivo, sobre todo en relación con la situación de explotación económica. Como en la descripción que hace French de un protagonista típico de las novelas regionales, Barrett deja la ciudad-centro para internarse en la naturaleza-periferia, desplazamiento durante el cual cambia su modo de entender la relación entre esos polos.⁶

Ahora bien, en el caso de Barrett el esquema sufre una transformación, ya que él hace sus observaciones no sólo en relación con la selva sudamericana, sino también en relación con las grandes ciudades de la región. Sobre todo, dedica una mirada muy crítica a Buenos Aires, la gran articuladora entre la frontera interior y la exterior, ya que concentra el tráfico exportador y controla la política y la economía de la región. La ciudad más importante de la cuenca del Plata es la periferia de un centro europeo —el imperio británico, hasta ese momento “invisible”, como destaca French— y, crecientemente, también comienza a depender del norteamericano. En este esquema, la selva se convierte, entonces, en la periferia de la periferia, el lugar donde las jerarquías de explotación se superponen y las fuerzas dominadoras se extreman. Al agregar un nuevo desplazamiento al planteado por French para los protagonistas de las clásicas novelas regionales, la propia trayectoria biográfica de Barrett, que va de Europa a Buenos Aires y Asunción, y de allí al corazón de la selva, al “infierno” de los yerbales, contribuye a convertir a las grandes ciudades de la

⁶ En la descripción de French, “El héroe es siempre un joven criollo que desea escapar del ennui de la capital; en lugar de viajar a Asia o África, se embarca en una travesía hacia la cara oscura de América del Sur, una trayectoria que frecuentemente representa, como en el discurso de la misión civilizatoria, un descenso de la seguridad y la protección de la metrópolis hacia la barbarie y hasta las profundidades del infierno. Pero la realidad que el protagonista encuentra en el ámbito salvaje es mucho más compleja de lo que anticipaba, y durante la travesía, comienza a perder el sentido de la moral y la claridad intelectual que tenía al comienzo”. (33)

región en espacios de barbarie, donde puede observarse cómo operan las fuerzas neocoloniales y donde puede verse también cómo transmiten el impulso hacia el interior del continente.

En Buenos Aires: la miseria en América

Barrett publica su primer artículo en tierras americanas en la revista porteña *Ideas*, dirigida por Manuel Gálvez, el 1 de agosto de 1903. Luego colaboraría en el diario *El Tiempo* y en la revista **El Correo Español**, publicación de la comunidad de españoles republicanos, desde donde criticaría repetidamente a la monarquía peninsular. Escribiendo para este medio, Barrett se enreda nuevamente en un incidente que culminaría con otro duelo frustrado, debido a la descalificación sufrida en España, que lo alcanzaría del otro lado del Atlántico.⁷ Todo parece indicar que este episodio lo indujo a partir nuevamente; esta vez rumbo al Paraguay.

En relación con la visión internacional y el anti-imperialismo de Barrett, es significativo cómo retrata repetidamente a los Estados Unidos como un poder en crecimiento y expansión, de peligrosa influencia sobre la región. En este sentido, podemos sumar su nombre a la lista encabezada por José Martí, Rubén Darío y Enrique Rodó, de los intelectuales que marcan una “nueva época” del discurso sobre los Estados Unidos, como analizó José de Onís en su clásico libro de 1956 (331-341). Su visión quedaría sintetizada en un epifonema: “Monroe —‘América para los americanos’. Muy bonito, pero un poco

⁷ Tras un discurso ofrecido por el líder republicano Ricardo Fuente en el teatro San Martín de Buenos Aires el 17 de abril de 1904, se publican varios artículos polémicos. Barrett responde a uno de ellos, firmado por un militar peninsular, Juan de Urquía, defendiendo a Fuente desde las páginas de **El Correo Español**. Su agresivo texto desencadena la concertación de un duelo, que De Urquía suspende alegando la previa descalificación de Barrett por el Tribunal de Honor español. Y entonces Barrett vuelve a protagonizar un enfrentamiento físico en un sitio público. Pero esta vez se agrega una vergüenza adicional: la de golpear a la persona equivocada, el dueño del hotel a cuyo salón comedor había ido a buscar a De Urquía, a quien confunde con su adversario (Corral, **El pensamiento cautivo** 29).

vago. ‘Norteamérica para los norteamericanos’ me hubiera tranquilizado completamente” (OC II 313).

Sin dudas, la guerra por Cuba, en que España perdió su última colonia en América en 1898, es parte del contexto internacional que Barrett tiene en mente, y que se cuela en un artículo del período porteño, “El impudor del yanqui”, publicado el 20 de enero de 1904 en **El Correo Español**. En esta semblanza en que compara a los ingleses con los norteamericanos, resulta evidente que Barrett está pensando en estos países en tanto que potencias neocoloniales, menguante una y creciente la otra: sus alusiones a la codicia y la expansión territorial, por indirectas, no resultan menos claras. Tras referirse a su apego por el pasado y su falta de creatividad, se refiere a las ambiciones económicas de los británicos con una analogía en que la referencia al espacio viene a marcar las apetencias imperialistas de ese país. Y opone el espacio, material, al tiempo, espiritual, vinculado con la creatividad y el futuro: “Los pueblos civilizados están preñados de mañanas; lo saben y van hacia el oriente como una bandada de águilas que buscan la aurora. Inglaterra no tiene alas; se limita a explorar las distancias con su energía de bestia inconsciente, y no hay rincón donde no alcancen sus tentáculos de pulpo” (OC IV 37). Barrett tematiza la codicia del imperio en expansión, un núcleo semántico que veremos reaparecer de manera incesante en los textos que ponen de manifiesto el contra-discurso neocolonial de los recursos naturales. Se trata de una codicia burda, poco elaborada: en contraste con los británicos, de codicia más “pudorosa”, los norteamericanos son “los modernos bárbaros”. Finalmente, concluye con una exhortación a la defensa: “Atranquemos la puerta o resignémonos, pero seamos inteligentes” (OC IV, 38).

Otro aspecto destacable de este artículo es la oposición latinos-sajones, porque pone en un mismo frente a América Latina y España, que se repite en otros artículos de la época. Notablemente, en el “Comercio latino”, publicado el 4 de enero de 1904, también en **El Correo Español**. En este texto, Barrett opone la creatividad latina a la ambición material y la capacidad de organización sajonas: “El latino lanza la semilla al surco, el sajón ara el campo y guarda la cosecha. El latino descubre los continentes y el sajón los explota. El

latino establece las leyes científicas y el sajón las aplica. (...) El latino no es comerciante” (OC IV 32). A estas observaciones generales, se agrega puntual, relevante para comprender el pensamiento estratégico sobre la economía de Barrett: la cuestión de la especialización en el comercio internacional y el monocultivo, aspecto clave en su obra: “Un país latino es único exportador de un producto, y se arregla para ser esclavo del mercado”. En síntesis, este trabajo tematiza el fracaso comercial de los países latinos, entre los que menciona a la Argentina, España e Italia, oponiéndolos a ingleses, alemanes y suecos.

Ahora bien, a estas consideraciones sobre el imperialismo, todavía algo imprecisas, se yuxtapondrán en el mismo período las preocupaciones por los problemas sociales inmediatos. De destaca especialmente el artículo “Buenos Aires”. Según sostiene Fernández al comentar este artículo, la Argentina es el país donde, por primera vez, Barrett “comenzó a **ver** la realidad social y a percibir las profundas contradicciones que estremecían a una sociedad fundada en la miseria humana” (“Introducción” 11). Se trata del trabajo más citado por la crítica y sobre el que, notablemente, hay discrepancias sobre el lugar y fecha originales de publicación. Fue recogido por el propio Barrett en **Moralidades actuales**. En este texto, se pinta un fresco del amanecer porteño, en el que trabajadores y mendigos comienzan a desplazarse por las calles, marcando el contraste entre el progreso evidenciado en la construcción de la ciudad, y la miseria de sus habitantes oprimidos. El narrador detiene su mirada en un mendigo que revuelve la basura, al que dedicará la segunda mitad del texto; aunque no lo explicita, está claro que se trata de un inmigrante desafortunado. Finalmente, el mendigo encuentra un hueso medio mordido en la basura y se apresta a comerlo. El narrador, el testigo, da un paso adelante y grita. La emoción lo asalta; la compasión se convierte en indignación, y la repugnancia, en violencia. Convoca entonces la idea de la rebelión anarquista:

¡También América! Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única

manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano. (OC II 29)

Ya dijimos que Fernández destaca este artículo. También citan este texto y, particularmente, este cierre como un momento culminante de la prosa de Barrett: Armando Donoso en 1920 (199); Maeztu en 1926 (11); Jorge R. Forteza en 1927 (22). Varias décadas después, destacarán este pasaje Cappelletti (LXXX) y Abelardo Castillo (“Lo que pasó” 14). Recogen en particular la exclamación “¡También América!” Es la sorpresa por la pobreza, por el hambre, en la tierra rica. Y es, sobre todo, la indignación. Pueden verse las marcas de las emociones en esta literatura de preocupación social.⁸

Entre Asunción y los yerbales

Pese a la importancia de los trabajos escritos o inspirados por sus años en Buenos Aires, es sin dudas en el Paraguay donde Barrett encuentra los motivos fuertes de su obra, a partir de los cuales dejaría una huella indeleble en el pensamiento y la literatura latinoamericana.

⁸ En el mismo sentido, comienza a quedar en evidencia también el carácter revulsivo de esta literatura. De allí surge, significativamente, la duda sobre el lugar y fecha originales de publicación. Hay una anécdota recogida por Muñoz a partir del testimonio del hijo de Barrett Alex, que presenta esta pieza como causante de que Barrett dejara de escribir en *El Diario Español* de Buenos Aires, debido al enojo que suscitó en su director, Justo López Gomara, quien habría encarado a Barrett, terminando casi a los golpes (“Rafael Barrett III” 54-55). La misma sitúa, entonces, la publicación original en esa ciudad en 1904, fecha con la que coinciden otros críticos. Ciertamente, el valor de la anécdota es más simbólico-ideológico que documental: da cuenta del tono de la pieza y de qué recepción pudo haber tenido. También recuerdan esta anécdota y coinciden con esta datación incierta Suiffet (17) y Cappelletti (LXXX). Más curiosamente, Álvaro Yunque también había señalado que “Buenos Aires” fue publicado en *El Diario Español* y provocado la ira de su director. Sostiene Yunque: “Lo publicó [el artículo ‘Buenos Aires’] en *El Diario Español* donde trabajó un breve tiempo, enriscando a su director, Justo López Gomara, periodista de colonia extranjera, lo cual significa: periodista que vive de adular al país donde vive. Barrett estuvo a punto de abofetearlo también” (Barrett 22). Sin embargo, Fernández dice haber encontrado este artículo por primera vez en *Los Sucesos* de Asunción, el 27 de noviembre de 1906, y sostiene que Barrett nunca publicó en *El Diario Español* (“Introducción” 11).

¿Por qué elige el Paraguay? Corral sugiere que pudo deberse a la influencia de Carlyle, escritor al que Barrett admiraba y que había manifestado su interés por la trágica historia de ese país (**El pensamiento cautivo** 31). En todo caso, había también una razón más inmediata, ya que llega a ese país en octubre de 1904, como corresponsal del diario porteño **El Tiempo**, para cubrir la Revolución Liberal que se había iniciado en agosto, apoyada por la Argentina. Sus simpatías están con los revolucionarios.⁹ Barrett entra en Asunción probablemente el 24 de diciembre, junto a las fuerzas revolucionarias triunfantes, a las que se había asociado como parte de un grupo técnico. Pronto se integra a la burguesía local, conoce a su futura esposa, Francisca López Maíz, madre de su único hijo, Alex. En principio, todo es armonía, pero en poco tiempo, vuelve protagonizar un episodio confuso en el que, por tercera vez, la institución del duelo cumple un papel central, y que marcaría el tono duro de la relación con quien tomaría el poder a través de un golpe militar en 1908, Albino Jara.¹⁰

En cuanto se instala en Asunción, Barrett retoma la escritura periodística. Ya en enero de 1905 publica su primer trabajo en **El Diario**. Corral registra casi cuarenta artículos ese año, en el que todavía alternaba el periodismo con otras actividades, además del dictado de clases y conferencias. A ese medio se sumarían otras publicaciones asunceñas, como **Los**

⁹ En su única crónica enviada al diario porteño, titulada “La revolución de 1904”, advierte sobre la importancia del resultado del proceso de cambio que debía traer el levantamiento, con una clara visión de la situación estratégica del Paraguay en relación con sus recursos naturales y las apetencias de intereses internacionales —los que, sin embargo, en ese artículo no identifica claramente: “Si la revolución no triunfa, el país morirá a manos de los que han convertido el homicidio y el robo en sistema político. Esta pequeña República, rica y virgen, pasará del poder del tirano al poder del extranjero” (OC IV 60).

¹⁰ El caso fue así: debido a una discusión en los periódicos, dos jóvenes liberales, Gomes Freire Esteves y Carlos García, se enfrentaron a duelo. El segundo fue herido y murió casi inmediatamente. Barrett publicó un artículo en el que acusaba a sus padrinos por no haber impedido el duelo, debido a que García padecía una miopía casi incapacitante. La respuesta de los padrinos no se hizo esperar: uno de ellos, Miguel Guanes, enfrentó a Barrett en el Centro Español, a lo que Barrett respondió retándolo a duelo. Guanes no lo aceptó. El otro padrino era Albino Jara; su respuesta llegaría en 1908, cuando Jara toma el poder a través de un golpe militar. Comenta Fernández: “En estos hechos puede verse uno (pero solamente **uno** de los motivos) del ensañamiento de Albino Jara contra Barrett...” (“Introducción” 14).

Sucesos, La Tarde, El Paraguay, El Cívico, Alón. A fines de 1906 Barrett comienza a considerar la posibilidad de vivir sólo de sus artículos, dado el prestigio creciente de los mismos. También en ese período participa en la fundación del grupo La Colmena, una suerte de tertulia literaria a semejanza de las que se realizaban en Madrid.¹¹

Varios autores discuten en qué momento se termina de radicalizar el pensamiento y la actividad social y política de Barrett. Hemos comentado que, en la visión de Fernández, ya desde su estadía en la capital porteña Barrett se había sensibilizado ante la dura realidad de las clases oprimidas. Por su parte, el crítico paraguayo José Concepción Ortiz sitúa ese momento dos años después, vinculándolo con un cambio en el auditorio privilegiado del trabajo intelectual de Barrett y en sus lugares de reunión, al elegir dirigirse directamente a los obreros en sus conferencias (“En el Paraguay” 10). Aunque en su trabajo recoge el comentario de Ortiz y también menciona opiniones que sitúan ese momento crucial en 1906, en coincidencia con una serie de huelgas que se dan en distintos lugares del Paraguay, Corral prefiere datar el acercamiento de Barrett a las agrupaciones obreras en 1907, cuando participa en varias actividades a pedido de la Unión Obrera. A ellas se suman las conferencias comentadas por Ortiz, y la creación de una publicación, **Germinal**, junto al anarquista argentino José Guillermo Bertotto, destinada a los trabajadores paraguayos, editada entre el 2 de agosto y el 11 de octubre 1908 en Asunción. Cappelletti destaca la importancia de **Germinal** para el anarquismo paraguayo, y señala la vinculación del escritor con la agrupación anarquista Federación Obrera Regional Paraguaya (FORP), fundada en 1906 en Asunción, con apoyo de la vigorosa Federación Obrera Regional Argentina (FORA) (LXXVIII-XXI).

Pronto las actividades de Barrett despertarán la preocupación de la “buena sociedad”, que cerrará las puertas del Instituto Paraguayo, donde se reunía el *establishment* intelectual local, y del Teatro Nacional, a sus charlas sociales. Entre las que terminó dictando, junto a

11 Entre los asistentes de La Colmena se contaron Viriato Díaz-Pérez, Juan O’Leary, Juan Casabianca, Manuel Domínguez, Arsenio López Decoud, Modesto Guggiari, Ignacio A. Pane, Juan Silvano Godoy, Fulgencio R. Moreno, José Rodríguez Alcalá y Ricardo Marrero Marengo (Corral **El pensamiento cautivo** 39).

Bertotto, en un galpón, se contará “Las infamias en los yerbales”. Por esa época, precisamente del 15 al 27 de junio, Barrett publica en **El Diario** la serie de artículos que luego serán recopilados en una *plquette* con el título de *Lo que son los yerbales paraguayos*, publicado en Montevideo en 1910 por el editor José Guillermo Bertani, con prólogo de Bertotto. Esa compilación sería reeditada repetidamente como libro en esa ciudad y en Buenos Aires a lo largo del siglo, e incluida en varias compilaciones de sus obras, generalmente por editoriales vinculadas a la izquierda. También aparecerá en el volumen de Biblioteca Ayacucho consagrado a Barrett en 1978, titulado **El dolor paraguayo**. Finalmente, como dijimos, es su única obra traducida hasta ahora, en 1979 al italiano.

Barrett y su *J’Accuse*

Los yerbales constituye, creemos, la obra con que Barrett deja una marca más clara en la literatura y el pensamiento latinoamericanos. Es un momento de quiebre en su carrera, y en la historia de los discursos anti-imperialistas en América Latina. Barrett sabe que está cortando amarras con la buena sociedad de Asunción, sabe que incluso corre peligro su vida.¹² Autores como Álvaro Yunque argumentan explícitamente que por esta obra es que

12 Francisca López Maíz de Barrett, viuda del escritor, relata dos ocasiones en que la vida del escritor pudo haber estado en peligro. La primera es el 1 de mayo de 1908, en la celebración del día de Trabajo en el Teatro Nacional de Asunción. Barrett fue advertido de que esa noche iba a ser apuñalado por la espalda mientras pronunciara su discurso. La segunda fue la noche misma del golpe de estado de Jara, el 2 de julio del mismo año, en que su casa fue asaltada por un “grupo de bandidos que ‘olían a yerba’”. Barrett se defiende, y logra sacar a su esposa e hijo por los fondos. Ella informa de la situación, y llega una patrulla, que mata a todos los asaltantes. Comenta irónicamente la viuda: “Fue una lástima, no sobró uno para declarar...” (6-7). A partir del testimonio del hijo de Barrett, Muñoz relata otro episodio, que podría ser el mismo que el primero que relata su madre, marcando debilidades del recuerdo, dado que la fecha del 1 de mayo en 1908 es señalada por él como memorable por otro motivo, el encuentro con Bertotto. Mientras se publican los artículos de **Los yerbales**, la Industrial Paraguaya intenta sobornar a Barrett. Ante su rechazo, contrata a un asesino a sueldo, “el pistolero argentino Caracciolo Sayago”, quien no puede atacarlo “al impedirlo personas amigas”. Muñoz agrega una tercera ocasión de peligro para el escritor y su familia: estando en la estancia de Yabeybry, donde se establecieron en 1909: una partida asaltó la casa, pero Barrett y su esposa increparon a los asaltantes y los hicieron cambiar de idea” (**El pensamiento vivo** 30-31 y 33-34).

Barrett debió dejar el Paraguay.¹³ Pero Barrett elige dar el paso, como su admirado Emile Zola: **Los yerbales** es su primer **J'Accuse**: se trata de una denuncia concreta sobre una situación de escandalosa explotación, en que se señala a los responsables, vinculados a las más altas esferas del poder, de manera que pueden ser reconocidos. La serie, precisamente, concluye repitiendo esas palabras.

Como dijimos, los artículos comienzan a publicarse en **El Diario** de Asunción el 15 y terminan el 27 de junio, apenas unos días antes del golpe de Jara y la nueva ola represiva. Su tono condenatorio es parejamente fuerte. Las descripciones crudas, por momentos barrocas, son interrumpidas muchas veces por exclamaciones: gritos de indignación, lamentos; incluso reflexiones y tácitas disculpas sobre la dureza de la propia escritura, sobre la repugnancia que puede despertar en los lectores. Sin embargo, el estilo de Barrett puede volverse sorprendentemente escueto y controlado cuando relata cuestiones que resultan de por sí conmovedoras, como al referirse a la tortura. Barrett traza el origen de las empresas que dominan la explotación; sus vinculaciones con el gobierno; los mecanismos legales para controlar a los trabajadores; la persecución y los castigos a los que son sometidos si intentan escapar. Los datos, las cifras, que dan la magnitud “objetiva” de la explotación —el número de muertos, la superficie afectada, las ganancias recogidas— ganan dramatismo por su contraste. Son también complementados por cuadros conmovedores, en que Barrett utiliza distintos recursos retóricos. Pero aquí, además, hay responsables directos, las empresas y ciertas personas en particular, que Barrett identifica, lo que marca la grave molestia que puede ocasionar su denuncia.

Puede decirse que **Los yerbales** constituye una reflexión desde la ciudad sobre el campo, sobre la naturaleza; sobre las condiciones de posibilidad del contra-discurso neocolonial de los recursos naturales. No sólo porque Barrett es un producto de las ilustradas ciudades europeas. También porque escribe desde una ciudad periférica: se mantiene actualizado de

13 Escribe Yunque: “Su amor al desventurado mensú le atrae, lógicamente, el odio de políticos, burócratas y patrioteros, todos cómplices en la criminal empresa. Se le apresa, se le acosa, se le calumnia, se le bloquea con hambre y silencio. Se le destierra, por fin” (**La literatura social** 255).

lo que pasa en el mundo gracias al mismo intercambio desigual que denuncia. Por otra parte, sus lectores directos están en la ciudad de Asunción: es cierto que Barrett hace **Germinal** para los obreros; pero **Los yerbales** no está escrita para los peones yerbateros. También los lectores indirectos sólo pueden ser alcanzados gracias a la ciudad: Barrett espera que se difunda su denuncia al mundo. Una tercera razón por la que **Los yerbales** es un producto de la ciudad es que constituye un texto en relación con una actividad política organizada: el anarquismo, consecuencia, a su vez, de las condiciones de vida generadas en las ciudades. De modo directo, Barrett, al asociarse con Bertotto, articula sus acciones en Asunción con el poderoso anarquismo porteño, que alcanzó su momento de mayor desarrollo, precisamente, entre 1900 y 1910 (Suriano). Finalmente, tan producto de la ciudad es **Los yerbales** que Barrett no estuvo allí, a despecho de lo que hubieran querido algunos críticos.¹⁴

Ya el primer artículo de **Los yerbales**, “La esclavitud y el Estado”, exhibe en sus párrafos de apertura los rasgos que caracterizarán el contra-discurso neocolonial de los recursos naturales. En primer lugar, una visión internacional que es conciente de la situación de desigualdad en las relaciones entre los países. Puntualmente, debido a fuerzas de tipo colonial, como se sugiere con la comparación con el Congo Belga, un caso de abuso de las poblaciones locales relacionado con la explotación del caucho y otros productos, que era de dominio público gracias a las denuncias de periodistas y de funcionarios del Imperio Británico. En este caso, el abuso lo promueven las potencias vecinas, las que derrotaron al Paraguay en la guerra unas décadas antes, dentro de un esquema internacional que tenía como fin último integrar la economía de este país al imperio británico. Tras ese proceso,

¹⁴ Entre quienes equivocadamente atribuyen a Barrett un conocimiento directo de los yerbales, se cuenta Armando Donoso, quien sostiene: “Barrett supo demasiado lo que eran los yerbales porque estuvo en medio de ellos y conoció todas sus angustias. ¡Qué mucho entonces que pusiera su pluma al servicio de tan alta misión humanitaria!” (216). Sin embargo, según Muñoz, que se apoya en la palabra del hijo de Barrett, el escritor basa su denuncia en testimonios e “información fidedigna”, de “militares amigos que frecuentaban su casa, situada en la calle Yegros y Cuarta” (**El pensamiento vivo** 30). La dirección es significativa: es un hogar urbano, donde pueden producirse frecuentes intercambios, es decir, la institución de la “visita”.

quedan en una situación equivalente Paraguay, la Argentina y Brasil, como se aclara un poco más adelante: “Las tres repúblicas están bajo idéntica ignominia. Son madres negeras de sus hijos” (38). En segundo lugar, estos primeros párrafos identifican un recurso natural codiciado, monopolizado por esas fuerzas. En tercero, denuncian la explotación de un grupo social nativo, de manera extrema y con uso de la violencia. Finalmente, se destaca en estos párrafos el hecho de que se trate de una situación habitual, sistemática. Una situación que el Estado conoce y apoya, debido a la complicidad de la élite gobernante con los dominadores extranjeros. Invocando imaginariamente a una audiencia internacional, comienza Barrett:

Es preciso que sepa el mundo de una vez lo que lo que pasa en los yerbales. Es preciso que cuando se quiera citar un ejemplo moderno de lo que puede concebir y ejecutar la codicia humana, no se hable solamente del Congo, sino del Paraguay.

El Paraguay se despuebla; se le castra y se le extermina en las 7 u 8.000 leguas entregadas a la Compañía Industrial Paraguaya, a la Matte Larangeira y a los arrendatarios y propietarios de los latifundios del Alto Paraná. La explotación de la yerba mate descansa en la esclavitud, el tormento y el asesinato.

Los datos que voy a presentar en esta serie de artículos, destinada a ser reproducida en los países civilizados de América y de Europa, se deben a testigos presenciales, y han sido confrontados entre sí y confirmados los unos por los otros. No he elegido lo más horrendo, sino lo más frecuente; no la excepción sino la regla. Y a los que duden o desmientan, les diré: ‘Venid conmigo a los yerbales, con vuestros ojos veréis la verdad’.

No espero justicia del Estado. El Estado se apresuró a restablecer la esclavitud después de la guerra. Es que entonces tenía yerbales. (**Los yerbales** 35-36)

En este primer capítulo Barrett también observa que el mismo tipo de explotación sucede en los quebrachales —el otro recurso natural que el capital extranjero explotaba en la zona— insistiendo en el carácter sistemático de estas prácticas.¹⁵

El segundo artículo, “El arreo”, describe con detalle las estrategias para captar la mano de obra de los yerbales. Básicamente, se trata de seducir con un anticipo que el jornalero disipa en pocos días de locura en la ciudad, antes de embarcarse rumbo a la selva; o de engañarlo de manera aún más directa, haciendo correr la voz de que hay reclutamiento forzado “o revolución”, para ofrecerle “refugio” en los yerbales (39). Barrett suma su denuncia sobre que los conchabados son muchas veces menores de edad. Y confirma su visión panorámica sobre el impacto del imperialismo en la región, al destacar que esta forma de captar a los peones para convertirlos en mano de obra virtualmente esclava, se repite en otros países latinoamericanos, en relación con otros recursos naturales, y se extiende a la trata de blancas: “Así se arrean los mártires de los gomales bolivianos y brasileños, de los ingenios del Perú. Así se arrean las muchachas del centro de Europa, prostituídas (sic) en Buenos Aires” (39-40). Se trata de una observación breve, no especialmente subrayada, pero que resulta fundamental para comprender el carácter precursor de este texto de Barrett en relación con el contra-discurso neocolonial de los recursos naturales: se señala un país, se señala un recurso y un grupo social explotado.

Para referirse a las condiciones de vida de los trabajadores una vez trasladados a los yerbales, Barrett, en el tercer artículo, “El yugo en la selva”, establece una comparación de este ámbito con la cárcel. Esta naturaleza como calabozo, como “infierno”, no es la naturaleza con que los hombres se enfrentan libremente: los que sufren la violencia de la naturaleza son hombres sometidos por otros hombres; despojados de su voluntad por la

¹⁵ Al comentar **Los yerbales**, Roa Bastos se refiere a esta partición del Paraguay en dos áreas ecológicas sometidas a la explotación meramente extractiva por parte de capitales extranjeros aliados a la élite local: “Dividieron el país en dos zonas de explotación económica: la del tanino, en el Chaco, la desértica región occidental, y la de los yerbales, al este y al sur de la región oriental, tomando como eje el río epónimo, verdadera columna vertebral del país” (“Rafael Barrett” XVIII).

dominación y de sus fuerzas por la explotación; despojados de los medios para hacerle frente. Sólo estos hombres, doblegados por la sociedad, son doblegados por la naturaleza. Ella se convierte, entonces, en una fuerza ambivalente: controlable, benéfica, si se dispone de los medios para lidiar con ella. De lo contrario, puede resultar una fuerza maléfica que renueva su poder incesantemente. En este artículo también se describen los métodos primitivos de explotación del yerbal: se trata de una mera extracción, seguida de un cocimiento al fuego de las hojas y ramas tiernas. La única herramienta de que habla Barrett es el machete; en realidad, habla del machete y del cuerpo del mensú, que deshoja las ramas “destrozándose los dedos”, y tuesta la yerba “abrasándose las manos”. También hay en este artículo una interesante reflexión sobre el lenguaje, que como una metáfora literal, apunta a la doble explotación, hasta el agotamiento, de la naturaleza y los hombres. Barrett reflexiona sobre esa ironía, y alude a la negra historia de la explotación de los minerales durante la colonia: “El paraje se llama mina, y el peón minero. (...) Esta designación terrible es más elocuente que todo. Sí: hay minas al aire libre y a la luz del sol. El hombre desaparece, sepultado bajo la codicia del hombre” (42).

“Degeneración”, el cuarto artículo, da cuenta de cómo la explotación reduce brutalmente la expectativa de vida de los trabajadores: “a los 40 años de edad el hombre se ha convertido en el mísero despojo de la avaricia ajena” (46). Su primer párrafo es, a nuestro parecer, el más logrado de la serie:

Escudriñad bajo la selva: descubriréis un fardo que camina. Mirad bajo el fardo: descubriréis una criatura agobiada en que se van borrando los rasgos de su especie. Aquello no es ya un hombre; es todavía un peón yerbatero. Hay quizás en él rebelión y lágrimas. Se ha visto a mineros llorar con el raido a cuestras. Otros, impotentes para el suicido, sueñan con la evasión. Pensad que muchos de ellos apenas son adolescentes. (44)

Este artículo tiene también una escena de fuertes tonos naturalistas, que abre paso a la revelación de cuántas víctimas puede haber tenido ya este sistema: Barrett estima que entre “30 o 40 mil paraguayos”. Si los números no fueran suficientemente elocuentes, Barrett construye un cuadro de extrema violencia para mostrar cómo mueren los obreros de los

yerbales. Esta acusación sobre la violencia ejercida se expande en el quinto artículo, “Tormento y asesinato”: tortura y muerte forman parte de la metodología habitual para asegurar la continuación de la explotación.

El último artículo será el anti-clímax: “El botín” está lleno de números, al tratar los cálculos de ganancias de las empresas, que se alimentan por igual de naturaleza y seres humanos. El paralelismo: “han saqueado la tierra y han exterminado la raza” enfatiza esta doble explotación (52). El cierre confirma la genealogía intelectual del gesto de Barrett, en Zola: “Yo acuso de expoliadores, atormentadores de esclavos, y homicidas a los administradores de la Industrial Paraguaya y de las demás empresas yerbateras. Yo maldigo su dinero manchado de sangre. Y yo les anuncio que no deshonrarán mucho tiempo más este desgraciado país” (52).

La situación que Barrett denuncia es, como él mismo lo explicita, la continuación de la explotación colonial; sólo que esta vez está a cargo de las élites de las naciones “libres”: en realidad, sometidas al neocolonialismo. Esta lectura resultó clara para críticos tempranos, como Armando Donoso, quien escribió, comentando **Los yerbales**, marcando cómo la explotación de la selva reedita la del oro; cómo se repite el abuso de las clases oprimidas cómo se impone la dominación por la fuerza; cómo el poder económico extranjero se une al poder político local para controlar la situación. Es notable cómo el comentario de Donoso sobre el trabajo de Barrett anticipa en varias décadas los planteos de **Las venas abiertas de América Latina**, de Galeano:

La historia se repite; es la segunda época de la colonización bárbara: al conquistador lo reemplaza el capataz y al indio el gañán, que cae bajo el látigo, el palo, o la bala del rifle. Antaño en nombre de un rey lejano y de una religión implacable, se arrancaba la tierra, el oro, amasado con todos los dolores del aborigen o del negro comprado en África; ogaño es la simple explotación del pueblo por el capital y el poder reunidos. (215)

Medio siglo después, también Roa Bastos destaca y adopta la interpretación de Barrett sobre que la nueva explotación neocolonial de los yerbales es un eco de la vieja dominación

colonial, utilizando una terminología sumamente reveladora en relación con el papel de este escritor como precursor del discurso de resistencia que nos interesa:

Como observador y testigo actuante del lento resurgimiento de la nación arrasada, a Barrett no se le ocultó tampoco que esta ‘estabilización aparente’ era otro de los fenómenos cuya anomalía no llevaba al Paraguay a una gradual recuperación de sus recursos humanos y naturales, sino, por el contrario, a una desestructuración aún mayor de los mismos. Las prerrogativas y franquicias ilimitadas del capital foráneo continuaban siendo expoliadoras y depredadoras. (“Rafael Barrett” XVIII)

El análisis de Jerry W. Cooney de la explotación de los yerbales entre 1776 y 1810 deja en evidencia la continuidad entre colonia y neocolonia. Cooney muestra que el apogeo de la explotación de la yerba mate en el período previo a las guerras de Independencia había consolidado un sistema de contratación de los peones basado en la deuda previa, que establecía una relación de sometimiento y control legal sobre el trabajador. Y justificaba la violencia del explotador o de las autoridades coloniales, preocupadas por los ingresos por impuestos que la actividad dejaba. También hay una continuidad desde el punto de vista tecnológico: antes de la Independencia, la explotación también se basaba en la extracción, no en el cultivo; el machete era la única herramienta; el desecado de las hojas en la barbacuá era completamente artesanal. Cooney revela asimismo la situación de crisis ecológica que facilita la situación de sometimiento de los peones: la distancia de las áreas pobladas. La explotación de la yerba mate había sido en tiempos de la colonia —y continúa siendo en tiempos de Barrett, como vimos— una actividad meramente extractiva. El mecanismo se reduce a adjudicar a determinados “habilitados” una porción de la selva donde abunda este árbol. Lo que se hace luego es, simplemente, cosechar hojas y ramas a golpe de machete. Como Barrett, Cooney también se detiene en lo significativo de la terminología, destacando que la zona bajo explotación se llama “mina”, y los obreros, “mineros”.

Sin embargo, el punto más interesante del trabajo de Cooney en relación con el de Barrett es que ambos se ocupan de momentos de *boom* de la explotación de los yerbales, en

función de la exportación. Cooney analiza el período que se abre cuando Buenos Aires se convierte en capital de Virreinato del Río de la Plata en 1776, cuando se intensifica el comercio, al removerse las restricciones. En ese crecimiento, el comercio de yerba mate fue crucial: de una exportación de 26.420 arrobas en 1776, se pasó a 327.150 en 1808. Cooney destaca que también hubo abusos en la explotación ganadera, motivados por el mismo motivo: la expansión del comercio y el aumento fabuloso de las ganancias. En el caso de **Los yerbales** ya hemos comentado que se trata de un momento en que el Paraguay es integrado plenamente al comercio internacional tras la guerra perdida. Las dos intensificaciones de la explotación del recurso natural y de los recursos humanos que analiza Cooney y denuncia Barrett se dan debido a lo que, con terminología actual, llamaríamos dos momentos de globalización.

El trabajo de Cooney también deja de manifiesto los aspectos que el texto de Barrett omite: todo aquello que pueda hacer parecer a los obreros como figuras negativas, o parcialmente responsables de su suerte. Cooney comenta que en el período que analiza, hubo ocasiones en que los obreros huyeron sin re-pagar el adelanto. Y cuenta detalles de la vida sexual en los yerbales que Barrett no recoge, probablemente por la carga de culpa que podía ir asociada a ciertas prácticas a comienzos del siglo XX: la frecuente bestialidad, la eventual homosexualidad y pederastia, facilitada por la contratación de trabajadores adolescentes. Por el contrario, como se ve mayoritariamente en los textos del contra-discurso neocolonial de los recursos naturales, cuando habla de los peones Barrett construye el retrato de una víctima. Con “estigmas de degeneración”, sí, pero fundamentalmente un “esclavo”. También un “mártir”, un “prisionero de la selva”, una “criatura agobiada”, unos “infelices”. Sus explotadores son, en el otro extremo, “los negreros enlevitados”, “la opulenta canalla”.

Conclusiones

Retomando la idea de la vida de Barrett como la de un protagonista de una novela regional, podemos decir que en **Los verbales** queda radicalmente cuestionada la oposición valorativa civilización y barbarie: “la distinción crucial entre civilización y barbarie (...) resulta amenazada en la medida en que el héroe reconoce aspectos admirables en las culturas ‘primitivas’, así como el carácter salvaje y la violencia de los colonizadores” (34). Entre otros autores, Yunque lee la operación barrettiana en relación con esa oposición cuando comenta **Los verbales** conjuntamente con **El terror argentino**, el folleto escrito por Barrett en 1910 para denunciar la represión, oficial y extraoficial, desatada en Buenos Aires debido a los atentados anarquistas de 1909 y 1910: “La lectura de estos panfletos horroriza; y uno y otro son documentos palpitantes de esto: La civilización occidental, la civilización del capitalismo no es, en rigor, una civilización” (Barrett 37).

Por otra parte, **Los verbales** constituye la obra más conocida de Barrett. De una punta a otra del espectro ideológico y estético, de una punta a otra del tiempo, y de cada una de las orillas del Atlántico, nos interesa recoger dos opiniones que dejan en claro la fundamental asociación del nombre de Barrett con este texto. Primero comentaremos el pasaje que dedica Maeztu a la cuestión. Dando testimonio del impacto inmediato de **Los verbales** en el diverso campo intelectual hispanoamericano, el español destaca su importancia en tanto que representa un nuevo modo, radicalmente diferente, de hablar sobre la selva: un ámbito que resulta explotado, no meramente explorado. Si la mirada europea —los “ojos imperiales” de que habla Mary Louise Pratt— había visto hasta entonces una naturaleza rica, sobre todo desde que Alexander von Humboldt recreara la naturaleza sudamericana como “salvaje y gigantesca” (118), con “selvas tropicales superabundantes” (123), la naturaleza que describe Barrett es igualmente copiosa, pero no generosa: hay quien viviendo en ella padece pobreza extrema. Sin embargo, penalidades no son causadas por la naturaleza sino por otros hombres. La de Barrett es una selva explotada, que se presenta ante los ojos socializada, donde llega la “civilización”: rica para otros, frágil en tanto que “saqueada”, miserable para la población local. Bárbara no porque se sustrae al impulso de la civilización sino porque ha sido sometida a él.

Tibia pero claramente, Maeztu señala el valor ético de **Los yerbales**, y su importancia como guía para los escritores latinoamericanos, los que considera que resultan interpelados por el trabajo de Barrett:

(...) siento con certidumbre que el hecho fundamental de su vida consiste en haber levantado el velo espeso que cubría la selva sudamericana a los ojos del mundo. Otros hombres la han explorado; pero a Barrett le tocó descubrir la existencia y dolores de los hombres que habitan en ella. Por él se sabe cómo se mueren los más de los peones que en los yerbales del Paraguay se ocupan, cómo se les somete, por la firma de un contrato a un régimen de esclavitud, cómo el jefe político y el juez niegan al peón la posibilidad de que se le haga justicia contra el capataz. Barrett ha sido, en este sentido, el descubridor de América para los intelectuales latinoamericanos, el hombre que les ha hecho avergonzarse de estar pendientes de los erotismos y delicuescencias parisienses, cuando los aborígenes de su continente padecen en la selva más rica del mundo lo que no sufren ni los hijos más pobres de las más pobres tierras europeas. (12)

El segundo comentario que quisiéramos rescatar es el de Viñas. Tan asociado resulta el nombre de Barrett a su denuncia sobre los yerbales, que en su libro de 1983, reeditado en 2004, Viñas se siente obligado a aclarar que la obra de su anarquista preferido no se reduce a esos artículos sobre el Paraguay; que hay en sus trabajos una perspectiva internacional que excede esa preocupación y que la hace posible. Reconoce, sin embargo, que **Los yerbales** representa una instancia clave de su producción, aunque se le escapa el componente anti-imperialista de esta obra: “Si únicamente se lo vincula a Rafael Barret (sic) (1876-1910) al Paraguay privilegiando su momento más fecundo, se corre el riesgo de disolver uno de los componentes decisivos de su explícito anarquismo: el factor internacionalista” (**Anarquistas** 225).

En síntesis, **Los yerbales** de Barrett exhibe los elementos básicos del contra-discurso neocolonial de los recursos naturales, en la medida en que se apoya en una narración que incorpora los cuatro elementos característicos del mismo —el recurso natural, el grupo

social explotado, el explotador extranjero, el cómplice local— los que se encuentran enlazados en un relato de explotación hasta la extenuación, que es presentada como una nueva forma de colonialismo. El narrador-denunciante —el propio Barret, dado que se trata de artículos periodísticos— hace uso de un tono de indignación que busca generar respuesta en la opinión pública del Paraguay, de la región y del mundo. La amplia circulación de este trabajo, que hemos comentado brevemente, permite justificar nuestra propuesta de que se trata de uno de los textos que contribuyeron decisivamente a la construcción de este discurso, que devendría un *master frame* de recurrente aparición en sucesivos ciclos de protesta en América Latina.

Referencias:

Barrett, Rafael. **Lo que son los yerbales paraguayos**. Montevideo: Claudio García Editor, 1926.

---. **Obras completas I, II, III, IV**. Ed. Miguel Ángel Fernández y Francisco Corral. Asunción: RP Ediciones, 1988, 1988, 1989, 1990.

Benford, Robert D. y David A. Snow. “Framing processes and social movements: an overview and assessment”. **Annual Review of Sociology** 26 (2000):611-39.

Cappelletti, Ángel J. “Anarquismo latinoamericano”. **El anarquismo en América Latina**. Ed. Carlos Rama y Ángel J. Cappelletti. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990. IX-CCXVI.

Castillo, Abelardo. “Liminar: Horacio Quiroga”. **Todos los cuentos**. Por Horacio Quiroga. Madrid: ALLCA XX, 1996. XXI-XXIII.

---. “Lo que pasó aquella madrugada”. **Rafael Barret. Una leyenda anarquista**. Por Catriel Etcheverri. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2007. 9-15.

Cooney, Jerry W. “North to the Yerbales. The Exploitation of the Paraguayan Frontier, 1776-1810”. **Contested Ground: Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire**. Ed. Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan. Tucson: the University of Arizona Press, 1998. 135-149.

Corral, Francisco. "El enigma de Rafael Barrett". **Obras Completas I**. Por Rafael Barrett. Asunción: RP Ediciones, 1988. 7-31.

---. **El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo**. Madrid: Siglo XXI, 1994.

De Onís, José. **Los Estados Unidos vistos por escritores hispanoamericanos**. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1956.

Donoso, Armando. **Un hombre libre. Rafael Barrett**. Buenos Aires: Ediciones Selectas América, 1920.

Fernández, Miguel Ángel. "Cuestiones preliminares". **Germinal Antología**. Por Rafael Barrett. Asunción: El Lector, 1996. 9-10.

--. "Introducción". **Obras Completas IV**. Por Rafael Barrett. Asunción: RP Ediciones, 1990. 7-21.

Forteza, Jorge R. Rafael Barrett. Su obra, su prédica, su moral. Buenos Aires: Editorial Atlas, 1927.

French, Jennifer L. **Nature, Neocolonialism, and the Spanish American Regional Writers**. Lebanon, NH: Dartmouth College Press, 2005.

López Maíz de Barrett, Francisca. "Introducción". **Cartas íntimas**. Por Rafael Barrett. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública e Instrucción Social, 1967. 3-9.

Maetzu, Ramiro de. "Rafael Barrett en Madrid", **Lo que son los yerbales paraguayos**. Por Rafael Barrett. Montevideo: Claudio García Editor, 1926. 7-13.

Massuh, Víctor. **El torno a Rafael Barrett. Una conciencia libre**. Tucumán: Editorial La Raza, 1943.

Muñoz, Vladimiro. **Barrett en Montevideo**. Montevideo: edición del autor, 1982.

---. **El pensamiento vivo de Barrett**. Buenos Aires: Editorial Rescate, 1977.

---. "Rafael Barrett III". **Reconstruir** 101 (marzo de 1976): 54-60.

Pérez Maricevich, Francisco. **Diccionario de la literatura paraguaya. Primera parte**. Asunción: Biblioteca Colorados Contemporáneos, 1983.

Pratt, Mary Louise. **Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation.** Segunda Edición. Londres y Nueva York: Routledge, 2008.

Roa Bastos, Augusto. “Rafael Barrett. Descubridor de la realidad social del Paraguay”. **El dolor paraguayo.** Por Rafael Barrett. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978. IX-XXXII.

Rodó, Enrique. “Las ‘moralidades’ de Barrett”. **Lo que son los yerbaes paraguayos.** Por Rafael Barrett. Montevideo: Claudio García Editor, 1926. 23-27.

Rodríguez Alcalá, Hugo. **Augusto Roa Bastos. Premio Cervantes 1989.** Asunción: Ñanduti Vive/Intercontinental Editora, 1990.

Rodríguez Alcalá, Hugo y Dirma Pardo Carugati. **Historia de la literatura paraguaya.** Asunción: Editorial El Lector, 1999.

Suiffet, Norma. **Rafael Barrett. La vida y la obra.** Montevideo: edición de la autora, 1958.

Suriano, Juan. **Anarquistas. Cultura libertaria en Buenos Aires 1890-1910.** Buenos Aires: Manantial, 2001.

Viñas, David. **Anarquistas en América Latina.** Buenos Aires: Paradiso, 2004.

Yunque, Álvaro. **Barrett. Su vida y su obra.** Buenos Aires: Editorial Claridad, 1929.

---. **La literatura social en la Argentina. Historia de los movimientos literarios desde la emancipación nacional hasta nuestros días.** Buenos Aires: Editorial Claridad, 1941.

Vara, Ana María. **Anti-imperialismo y literatura. La emergencia del contra-discurso neocolonial de los recursos naturales.** Tesis doctoral, University of California, Riverside, 2009.

---. “ ‘No nos une el amor sino el espanto’: América Latina frente a un ciclo de protesta ambiental”. **Tecnología, desarrollo y democracia. Nueve estudios sobre dinámicas socio-técnicas de exclusión/inclusión social.** Thomas, Hernán (org.), Guillermo Santos y Mariano Fressoli (eds.). Buenos Aires: MINCYT, en prensa.